

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLÓGIA
ARTE



SUMARIO

- Los abstinentes... *Dr. H. Bouquet*
 Visita interesante *Fabio Baudrit*
 Cultura del cuerpo *Dr. Freeman*
 Catedraticada... *Miguel de Unamuno*
 Los templos... *A. G. Ferro*
 Cultura y toros... *Dr. H. Madinaveitia*
 Ante el enigma... *J. L. Cordero*
 Hora de los niños *J. M. Zeledón*
 Notas... *La Redacción*

F. HERNÁNDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 42, restaurant 'Petit París' -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkins — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — DESAMPARADOS: Sáenz M. — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilaríño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, pro.^{teso}.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

— 25 de Noviembre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 70

LOS ABSTINENTES

Cuando un hombre llega a avanzadísima edad con cuerpo y mente sanos y sobre todo cuando llega sin obstáculo a la centena, sus coetáneos no dejan de ir a preguntarle la clase de vida que siguió para obtener tan notable resultado. Las conclusiones de la **interviú**, como decimos ahora, se publican **urbi et orbi**; algunos siguen los consejos, la mayor parte los olvidan al cabo de pocas horas para volver a seguir su modo de existencia anterior. Con Luis Cornaro no fue menester ir a pedirle las explicaciones que los hombres deseosos de desaparecer lo más tarde posible siempre tienen interés en hacerse dar. Se cuidó ya de escribirlas por sí mismo, bastante largas, juzgándolas útiles para los hombres, para su patria y para sus amigos. Y así tenemos cuatro discursos suyos, escritos respectivamente a 83, 86, 91 y 95 años, en los cuales pregonan en entusiastas términos la mayor sobriedad, presentándose él mismo como ejemplo a todos los que quieran llegar a resultado tan deseable.

Fué un exitazo, pueden creerlo. La edición italiana intitulada: **discorsi della vita sobria**, publicada en 1558 trajo tras sí una multitud de traducciones: dos latinas, cuatro francesas, una inglesa. Cada cual habló de Cornaro, del extraordinario anciano, y de tanto entusiasmo encontramos lisonjeros ecos en las obras de Cardan, Bacon, Gassendi, del presidente de Thou. De modo

que hoy día, gracias a los detalles dados por el mismo héroe, gracias al testimonio de sus coetáneos y de los que vinieron más tarde, gracias también a una carta escrita por una resobrino, podemos reconstruir enteramente y con tantos detalles como desearse puedan, la envidiable vida de Luis Cornaro, de Venecia, fallecido en 26 de abril de 1566 a la edad de 104 años con la más espléndida serenidad de espíritu.

En efecto nació en 1462 en Venecia, en una antigua e ilustrísima familia. Todo lo predisponía para ejercer los más altos cargos de la célebre república. Un proceso, sobre el cual nos faltan detalles, redujo tales esperanzas a la nada y luego, privado de todos sus bienes, casi desterrado de su patria, vivió lo restante de su vida en Padua en donde ocupaba, él mismo nos lo dice, una de las casas más hermosas y mejores de dicho punto.

Era de temperamento sanguíneo, muy colérico, fácilmente excitado por las más lamentables pasiones. Aunque de constitución bastante poco robusta, no dejaba de llevar una vida de disipación y de calavera que no podía hacer menos que conducirlo rápidamente a la tumba. El resultado no se hizo esperar: a los treinta y cinco años era ya gotoso, dispéptico, sujeto a frecuentes diarreas, siempre sediento y afecto de una fiebre lenta y continua que lo redujo a deplorable condición. Los médicos probaron en vano de remediar

tan deplorable estado de cosas. De la noche a la mañana le declararon sin ambages que podía considerarse perdido, que ningún medicamento del mundo podría acabar con todos sus males y que, si quería prolongar su vida, debería seguir un severo régimen de existencia.

Mucho parece que esta última prescripción fue dada para salvar las apariencias y disimular el fracaso de nuestros buenos compañeros de aquel entonces. Desde luego estaban seguros de que su cliente no iba a renunciar con tanta facilidad a la clase de vida que siguió desde la edad de razón. Pero Cornaro quería vivir, tomó muy seriamente el último consejo de los que lo cuidaban y se sometió a una vida moderada y a una sobriedad en la mesa ante la cual los menos golosos y los más furiosos por vivir de todos nuestros contemporáneos pondrían mala cara. Luego veremos cuál era el régimen. Vamos a ver cuáles fueron los resultados.

En un año, ni más ni menos, justito y cabal, todo volvió a entrar en orden: cólicos, dispepsia, gota, fiebre, desaparecieron como por encanto y a partir de tal momento nuestro amiguito empezó a llevar la existencia más tranquila y menos agitada que se pueda imaginar. Así llegó a lo que llamamos ordinariamente la vejez, pero conservando las ventajas y el vigor de la edad madura. Se portaba tan admirablemente que nunca resentía ni el menor malestar, salvo en una o dos circunstancias que luego relataremos.

Pero durante el intervalo había pensado en que algo faltaría a esa vejez serena y sin nubes que tan bien preveía, si no se encontraba en torno de sí con descendientes a quienes dejar su nombre, sus bienes, su memoria y el secreto de su longevidad. Entonces se casó. Su mujer se llamaba Verónica y era de la familia de los Spilemberg. Se casó con ella en Udine, población del Friuli, y a pesar de la frialdad de su compañe-

ra, "puso todo en uso", nos dice candidamente de Thou, para tener posterioridad. Desde luego se comprende, y el resultado fue el nacimiento de una hija. Se contentaron con ella en el matrimonio, y hasta me parece que si hubiera querido aumentar la familia, el régimen del buen Cornaro se habría desbarajustado, por ser éste tan arreglado y exento de emociones violentas. Pero la hija se cuidó de reparar la falta de haber sido hija única. Una vez casada con uno de sus primos, rico propietario de Chipre, Clara dió a luz ocho varones y tres hembras que fueron compañía y gloria de su venerable abuelito.

En la unidad de tan bella existencia hubo tres contratiempos. Uno de los más graves fue un terrible accidente de coche que le sucedió a la edad de setenta años y en el cual, arrastrado en un trecho bastante largo en su carrozavolcada, lo sacaron de allí, según nos cuenta él mismo, con la cabeza rota y un brazo y un hombro dislocados. Los médicos de aquel entonces le propusieron naturalmente la omni potente sangría, pero el herido se hizo el sordo. Reclamó que lo dejaran tranquilo, fuera de las operaciones quirúrgicas urgentes, confiando en la robustez que su origen le había concedido. Desde luego se curó muy pronto, a pesar de la condena con que le gratificaron nuestros buenos compañeros.

Ya más tarde, tuvo otra alerta. A la sazón tenía 79 años. Sus parientes, sin que se sepa a que fin obedecían, encontraron repentinamente que el régimen seguido durante casi treinta y nueve años era insuficiente y a pesar de su resistencia muy comprensible, acabaron por persuadirlo a aumentarlo. Poco duró la cosa. Enfermó gravemente, los cólicos volvieron acompañados con insomnio, melancolía y fiebre y los herederos estuvieron a punto de heredar antes de tiempo. Pero el abuelito tenía la vida dura, se restableció volviendo

a su régimen y desde entonces prosiguió en paz su buena carrera que debía hacerle pasar de un siglo de existencia.

¿Cuál fué la índole de esta última e involuntaria imprudencia? Empezaremos por dar ahora el régimen exacto de Cornaro para que aquéllos a quienes tiene puedan seguirlo. Cada día se comía doce onzas de alimentos sólidos; en igual espacio de tiempo se bebía 28 cucharadas de líquido. Como pueden suponer, cuidó de darnos la composición de sus menús. Pan, potaje, huevos frescos, ternera, cabrito, carnero, perdiz, pollos y pichones componían los alimentos propiamente dichos. El vino y sobre todo el vino reciente constituía el líquido. No nos habla del agua, pero es de suponer que consumía bastante. Y ahí tenemos todo lo que el tenaz veneciano se absorbía durante su jornada. Todo se pesaba metódicamente, sin sujetarse, al menos me lo figuro, a comer sentado en el platillo de la balanza, como Sanctorius (1), con las veintiseis onzas al otro lado como contrapeso. La dosis estaba tan bien calculada, que los males que hemos visto le cayeron encima a la edad de 80 años fueron resultados de una trasgresión de régimen que en honor a la verdad nos parece de mínima importancia. En efecto, todo lo que sus deudos lograron de él, fue que comiera dos onzas más de alimentos sólidos y que bebiera por 4 cucharadas más de líquidos. Y eso bastó para llevarlo a las puertas de la nada.

Imagínese cuanto cuidado tuvo que tener durante más de sesenta años el hombre a quien dos onzas de alimentos más podían costarle la existencia. Pues, como es natural, no bastaba con comer tan poco y tan regularmente poco. Precisaba que lo demás de los actos diarios correspondiera a tan extraordinaria mo-

deración. Nada de grandes fríos, nos dice él mismo, nada de grandes calores. Tampoco ejercicios violentos ni vigiliias ni mujeres ni penas. Esta última cláusula quizá no estará al alcance de todo el mundo, pero Cornaro supo resolver tan delicado problema. Cuando algún disgusto le venía encima, lo expulsaba rápidamente no sólo como importuno sino como peligroso para su delicada salud. "La muerte de mis parientes y amigos, dice él mismo, no me causa más tristeza que la de un primer movimiento natural que no puede impedirse y que dura poco". No creo me digan que faltó a la memoria del célebre abstinentista si califico de egoísta esta máxima.

Muchas fueron las precauciones, pero en definitiva lozana fue su vejez. A los 95 años, edad del último discurso, todo iba bien. Habla, anda, escribe, lee, oye como un joven. Su voz continuó tan fresca como a los veinte años y tomaba su parte en los conciertos. Por eso sus escritos, —en dicha edad escribía todavía durante siete a ocho horas diarias,— son perpetuo himno a la sobriedad y a la vejez. A la sobriedad primero, ya que fue por ella que pudo vivir tan largos y placenteros años, la sobriedad que podemos decir fue su gran caballo de batalla ya que al comenzar su obra declara que tres palabras recientes introducidas en Italia son causa de todo lo que se ve de reprehensible en su época: el luteranismo, "adulaciones y ceremonias" (sic) y por último la borrachera y la gula, y que ha declarado la guerra a la tercera. Luego a la vejez, que no es como generalmente se cree la edad de languideces, enfermedades y miserias, sino la época más feliz de todas. Está alegre, contento, de buen humor, en paz, y no cambiaría su estado por el de los pollitos de veinte años. A veces piensa en la muerte que después de todo está más o menos próxima, pero está decidido sin pena ni miedo ni sentimiento. Parece como habiendo lle-

(1) Desde luego fué con muy distinto fin que Sanctorius adoptó tan original mesa para comer.

gado al concepto optimista del plazo fatal, del cual Metchnikoff hace uno de los caracteres dichosos de la extrema vejez. Y en realidad la hoz le fue lo más clemente posible, y su vida se apagó como lámpara sin aceite, como dice el vulgo, por "consumo natural de su húmedo radical" como creía él mismo. "Estando en buena salud, escribe su resobrina, sin sufrir de dolor alguno y hasta con mente serena y contento, le dió un vahidito que hizo las veces de agonía y le hizo dar el último suspiro". Fué la conclusión tranquila de una vejez particularmente serena.

Y aquel hombre, a pesar de tantos cuidados prodigados a su salud, no fué inútil. Dotó a su patria con fortificaciones muy ingeniosas y se dedicó mucho al saneamiento de pantanos infértiles y dañinos. Sus coe-

táneos sólo tuvieron motivo de elogios por el cuidado que dedicó a su clase de vida. Pero para obtener semejantes resultados quizá no bastará con reglamentar hasta sus menores actos con tanta minucia. Hay que poderlo hacer, disfrutar como Cornaro de una buena fortuna que permita crearse más pasatiempos que quehaceres, pasar su vida en leer o hablar con buenos y eruditos amigos, cambiar de casa y de campo según la estación, todo cosas que desgraciadamente reducen el número de humanos susceptibles de seguir con provecho las reglas de vida y el régimen que aquel héroe de la sobriedad pensaba haber erigido en código generoso para bien de la humanidad entera.

Doctor Henri Bouquet.

Visita interesante

.....cría querubas para el presidio
y serafines para el burdel.

S. Díaz Mirón.

Los que tenemos hijos, precisa que abramos cuatro ojos, como dice la hipérbole popular. Con que abramos los dos que tenemos, basta y sobra, sin embargo, para comprender cuán arduo problema nos está planteado en relación con su porvenir intelectual, moral y físico.

En el teatro, cuando la ostentación y el lujo no embargan todas las facultades de quienes los exhiben y quienes los admiran reverentes, aun hemos visto, en presencia de los escasísimos números apreciables que pasan aquí por las tablas, un escalofrío de verdad artístico, rozar la sensibilidad de público. Cuando olvidados de vanos prejuicios sociales nos ha sido dable constatar algunas lágrimas mal disimuladas, al romper las luces bruscamente la sincera congoja con que a menudo se sigue, a favor de la oscuridad, uno de esos dramas cinematográficos, a que tan-

to nos aficionamos, hemos respirado hondamente, convencidos de que aún el sentimiento, fuente eficaz de regeneración, reina en algunos corazones.

El motivo—dirán— es banal; pero a eso se contesta que no importa el caso, pues lo que vale y alienta es que aun nos queden lágrimas.

Más lejano de la verdadera belleza está sin duda el espectáculo de un caballo que, tras ruda carrera, agoniza en medio de la calle, con la cabeza partida contra un poste; pero demasiado sugestivo para quien haya observado al rededor de la sangre y la tortura, a los granujas echando bromas, indiferentes, si no alegres, a la vista del desastre. Si el dolor es universal, debe ser universal la conmiseración; y quien no se duele de una mariposa batiendo las alas tenuemente, cómo para acelerar la muerte producida por el alfiler

que la atraviesa, es raro que se conmueva con los pesares refinados por la civilización y el arte, que inquietan a los hombres y matan a las sociedades.

Uno de los fuertes móviles de nuestra indiferencia, consiste, sin duda, en la corriente exhibición de sólo el lado grato y placentero de la vida. Por allí se llega con asombrosa facilidad a un excepticismo cruel, de parte de quienes no tienen—como las masas—los alcances que permiten la crítica de las ajenas felicidades. Un joven estudiante considera la llamada vida bohemia como un gran desiderátum: el contacto con el amor y el vicio, revestidos de las sonajas del carnaval; las noches de placer estimuladas por el vino y adormidas por la música; las correñas libres, sin una severa voz que pueda alarmarlas, ni una perentoria exigencia de dinero que las quiebre; la delirante alegría que suponen los futuros neófitos bajo los párpados adormilados de todo calavera y detrás de la reseca piel de sus labios.

Para el pobre a quien no alcanza su soldada, y el artesano al que no alimenta su jornal, y el muchacho lleno de trampas que no ve nunca el sol claro, las consejas de vida reglona llevada por funcionarios derrochadores de salud y de dinero, son un estímulo a la tristeza y constante manantial de sorda envidia.

La artesana que ha merecido el contacto de las gentes ricas; y la muchacha del pueblo a quien los imprudentes padres han facilitado manera de que aseme sus curiosidades de mujer por encima de los tabiques siempre bajos y mal vigilados del vicio fastuoso, vagabundo, perfumado y lleno de soñados deleites, forjan, a costa de sus desvelos unas "mil y una noches" donde todo personaje es una tentación.

Aspirando de continuo a lo superficial, creyendo que en el centro de esos misterios, y esos anhelos, y esas tentaciones, y esas brillantes luces se esconde la dicha, los unos se en-

caminan resueltamente a sorprenderla, y los demás sufren, resentidos de su parcialidad, llenándose el corazón de sentimientos corrosivos y deseos enconados de represalia.

No sé dónde buscaremos remedios a semejantes males. Las escuelas ignoran el vicio en cuanto a darle guerra; las familias son hechura de las escuelas; y en cuanto a las prácticas religioso-educativas, se concretan a empeñar en el catecismo la memoria de los niños, y a hacer como que les ocultan las realidades de la vida, sin mirar que son anchas las hendijas por donde, desde la tierna infancia, se dan el inexperto gusto de verlas, desnudas y palpitantes.

Como una contribución bien intencionada a la morigeración de las costumbres; siguiendo la sabia conducta del padre que, al ser advertido por la naturaleza de que el hijo entra en la pubertad, le llama y le abre los ojos con tierna y franca solicitud, descubriéndole todos los horizontes y señalándole los escollos, deberíamos levantar los velos y mostrar a los ilusos lo que ocultan detrás.

¿Cómo sustraer a los niños y a los jóvenes del contacto y reducirlos a que no respiren un ambiente venenoso? La calle, el parque, el paseo, la escuela, son emboscadas contra la moralidad de las familias: de unos aprenden los otros, con la desventaja de que la progresión es geométrica.

Aun tenemos derecho a proclamar patriarcales las costumbres; y con poca ayuda sería fácil arrojar lejos las simientes del mal y dedicarnos a confortar y robustecer el hermoso, pulcro y amable hogar antiguo. La civilización que nos invade, hace marchar de prisa, tanto más cuanto que falta la experiencia a nuestra vida, y con ella el necesario freno a los arrebatos de la novelería; pero si lo que nos espera son las escenas, y las costumbres, y los dramas, y la degradación que forman el subsuelo moral de las grandes capitales, constatemos el peligro y tratemos de

evitarlo: la existencia cada vez más difícil, la lucha paso a paso más compleja, la educación menos y menos posible, esperan en el futuro a los descendientes, de quienes no es fácil que digamos si han de profesar la noble caballería de ser buenos, o habrán de purgar sus faltas, ayudadas de nuestra imprevisión, muriendo en los hospitales, consumiéndose en los presidios, o con la razón hecha pedazos en las celdas de los asilos de locos.

* * *

Después de una conversación cuyos puntos salientes he resumido, hubo de convenir cierto amigo mío, en que la ciencia, la filosofía y la religión, son por sí mismas incapaces de realizar la tarea regeneradora. Hay algo más que hacer, esforzarse en que la vida se combata con la vida, como los microbios similares se hacen guerra a muerte, a fin de que se produzca el equilibrio en el organismo enfermo de las sociedades. Al efecto cada uno ha de mostrar el pedazo de experiencia de que es poseedor, en la forma que juzgue más llamativa para dar mayor eficacia a este propósito.

Con el fin de ilustrar esta tesis, hay que ir a los establecimientos donde oficialmente se recoge, como en grandes estanques, la espuma del mal. Por eso mi amigo y yo fuimos a visitar **La Algodonera**.

Como prisión femenina, y para el que no observe a fondo, es admirable: luz profusa; aire que viene de los sembrados vecinos y desciende del monte y se refresca sobre el río; el aseo que permite la condición de las reclusas y su clase; comida abundante si no magnífica; y buen trato de la parte del Alcaide y de dos o tres amas de llaves o directoras del penal; ¿qué más?

Hay noticia de que las reclusas cantan cuando lo desean, se entretienen trabajando, visten como les place; y de que no se las priva de

expansión jamás, pues hablan si lo quieren, desde el alba a la oración, en los patios, en los lavaderos, en la cocina, en el comedor y hasta en los dormitorios. Nadie dirá que es odiosa la disciplina!

Muchacha desviada se hallará que intente sostener en su fantasía que esa vida "es linda"; pero el hecho es que al llegar aquel sábado, en grupo con los Jueces del Crimen, entre las filas de mujeres aparecieron algunas mustias, de veras cabizbajas; y sobre toda ponderación triste, una bellísima joven de dieciséis años, cuyos ojos como soles, lanzaban destellos, cada vez que apartando su pañuelo, nos mostraba los encendidos párpados hinchados de llorar.

—No es de las criminales—nos informó la mayordoma:— está aquí por enferma! Espronceda acudió a mi memoria con sus borbotones de versos:

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?
Angel de luz, ¿quién te arrojó del
[cielo
a este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
del serafín...

Una irresistible tristeza se apoderó de mi ánimo: al lado de aquella se mostraba otra jovencueta, con la boca carnosa como una Mesalina; la mirada viva y sonriente, resplandecía apacible en medio de su candorosa desfachatez; los cabellos ensortijados y negros; sonrosadas las mejillas sin afeite, blanquísimos los dientes... y reclusa en la sección de Profilaxis.

—De estas hay ahora ocho nada más!—me dijo la empleada.—Esta mañana salieron cuatro!

Nada más! y las palabras de aquella buena y honorable señora tenían una inflexión que significaba pesar, como si hubiera sido una gran lástima privarnos de la vista de una docena redonda de menores, arrebatadas al gremio de las mujeres honestas por los torbellinos de la exis-

tencia, lanzadas con torpe realidad al vicio, en la época de la vida en que muchas lloraban por sus muñecas y las más precoces de las jóvenes honradas alimentan vagas ilusiones con miradas y sonrisas y confusos sentimientos.

—Hay que escucharlas,—me dijo mi compañero:—vamos a recibir de sus labios una hermosa lección, y lástima no la aprovechen todas las que la necesitan.

Desde luego era la plañidora quien más nos interesaba; y habló sin dificultad.

Llegaba por segunda vez a la reclusión, y no lloraba de arrepentimiento sino de rabia. No era afortunada: apenas le habían dado papeleta de salida, corrió a echarse en brazos de un artesanito con quien llevó relaciones serias antes, y él la prometió honrarla, es decir tenerla en su compañía, siempre que no fuera más que suya. Con esta ilusión y después de pasar tres días con él, se fue a ver a la madre...

—Tienes, pues, madre?

—Sí, señor: vive en... pueblo del alrededor. Es casada en segundas nupcias, persona honradísima y de familia allí principal.

—Entonces, cómo has rodado y cómo te admite a verla?

—Si ella no hubiera vuelto a casarse, yo sería honrada,—nos dijo suspirando.—Mi padrastró, que es joven todavía, me perseguía constantemente. Donde quiera que me encontrara—y él buscaba ocasiones—se lanzaba a tocarme y a quererme besar.—Un día lo referí a mi madre, y se produjo un disgusto, del cual fuí la víctima, pues ellos se entendieron al fin, y a mí me mandaron para San José.

Las peripecias fueron variadas. Comenzó a jalar con un artesanito, el cual se mostró respetuoso para ella. Más tarde quiso recuperar su puesto en la familia y buscó abogado, un mozalvete que la perseguía por las calles. El encargado de llamar por ella al hogar, le abrió las

puertas de la perdición. Todo esto había pasado en menos de un año; y después de rodar por lo más infecto de la capital, sentía deseos de una casa tranquila, donde recobrase de los males del cuerpo y de los quebrantos del alma.

—Te gustaría volver a tu casa?

—Nó, es imposible. Mi madre me recibe con agrado, arrepentida tardíamente de su mala acción conmigo, pero su esposo siempre me persigue. No me queda más recurso que mi novio... o seguir arrastrada.

Escuchamos versiones diversas de una misma historia: la mala vida en el hogar, los padres borrachos o libidinosos, las madres descuidadas o viciosas; la corrupción congénita, y hasta la trata proxeneta de carne ya acondicionada por la mala educación...

En el fondo, todas las rapaces estaban arrepentidas. No que la moralidad hubiera alumbrado el fondo de sus conciencias, ni que la realidad las hubiese vuelto mejores; lenguaje y pensamientos, propósitos y ademanes, todo era en ellas de mujeres perdidas. La depravación femenina se opera con asombrosa rapidez, tanta, que no admite comparación siquiera con la del hombre. Este resiste y salva muy a menudo su moralidad de los más desastrosos naufragios personales, pero la mujer puesta en camino, llega rápida y completa a la más abyecta corrupción. Vivían arrepentidas, por cuanto aquella vida no resultaba tan grata como la imaginaran; no abundaba el dinero, ni las comodidades, ni la alegría, ni el apego de los hombres. Más bien decepción de grosero origen que fino arrepentimiento, pero descontento al fin de haber dado el paso fatal; dolor de haber perdido su modesta existencia, llena de privaciones tal vez, mas de una gran riqueza que nunca se recupera, las ilusiones agotadas por las torpes desventuradas en el bullicio de unos pocos meses.

Al borde estábamos de un tema

árido, de esos que sólo se abordan en la íntima plática, y a quien escribe sobre ellos le acarrearán fácilmente el ridículo, por cuanto las personas "civilizadas" miran sin horror las enfermedades del espíritu, las caídas irremediables de la ilusión, el prematuro cansancio de la vida, etcétera, cuando una nueva enferma cayó desgraciadamente bajo nuestra curiosa mirada.

Nunca olvidaré sus manos transparentes, tan blancas como desprovistas de carne. Llamaban la atención por ser la única parte del cuerpo — así como va escrito — donde aquella infeliz de treinta años carecía de úlceras y lamparones. Con un ojo apagado definitivamente, y el otro brillante y negrísimo bajo el párpado sin pestañas; envuelta en un tul delicado, a fin de que el aire y las moscas no la ofendieran, semejante guñapo humano constituía el espantajo más aterrador del vicio, la trágica caricatura de los amores ba-

ratos de la juventud, arrullados por bullangueros organillos sobre un tá-lamo de alquiler. La supresión de la mitad del labio superior, fingía como una carcajada sangrienta; y la falta de pelo era la locura, la infinita imprevisión de los que, aun sospechando los horrores funestos de la sífilis, van desatinados formando el coro de las prostitutas.

Las almas se disimulan aun cuando caigan a pedazos, no así los cuerpos. Aquel espectáculo brutal, tan asqueroso, pudiera ser fuente de una grande enseñanza, de una provechosisima lección, si tras un cristal que lo dejara contemplar en toda su repugnancia, los escolares que entran triscando por los desfiladeros de la pubertad, pudieran ir a verlo en una procesión seria, preparada debidamente por algunas explicaciones del Profesor de Higiene. La realidad mejoraría mucho la vida.

Fabio Baudrit

La cultura del cuerpo

por el Doctor Freeman.

La idea de la perfección del hombre dista mucho de haber llegado a su desarrollo práctico y positivo.

Las abstracciones han dominado la simplicidad de los actos, y la mayoría de los llamados "regeneradores" descuidan inconscientemente la cultura de sus propios cuerpos.

Nadie negará que la higiene y el desarrollo físico son los principales factores de la nueva vida social, la cual facilitará al hombre abundantes goces y colocará a la humanidad en su verdadero estado progresivo y libre.

Sin temor de equivocarnos, podemos decir que el setenta y cinco

por ciento de los mortales se hallan en un estado tal de degeneración física, que bien podríamos clasificarlos en el número de enfermos o desequilibrados de la vida.

Si todos los que se llaman "amantes de la libertad" empezaran por emanciparse ellos mismos de su esclavitud personal, aboliendo sus propios vicios y debilidades, despojándose de todo convencionalismo y cambiando las costumbres actuales, las ideas libres darían un gran paso hacia la emancipación.

Pensar que el hombre puede llegar a su perfección o felicidad con sólo libertarse de la tiranía política,

Historia de la Revolución Francesa - Las Sectas y las Sociedades Secretas a través de la Historia

Están a la venta en la LIBRERÍA FALCO

económica o religiosa, es el colmo de la más deplorable candidez.

Hay que ocuparse también de la tiranía que nuestros antepasados legaron a nuestros cuerpos, causada por el abandono higiénico y las erróneas costumbres de alimentación, vestido, habitación, etc., las cuales nos esclavizan tanto como cualquier brutal policía o explotador burgués.

Para que un cuerpo goce de toda la salud y libertad debe estar rodeado de aire puro y abundante, habitando lugares ventilados y alejándose siempre de la atmósfera corrompida y viciada. Débese nutrir el estómago de alimentos sanos y simples, sin abusar de las sustancias fuertes e indigeribles, procurando evitar los excesos en las comidas, que a la corta o a la larga acaban por descomponer el cuerpo y producen toda clase de enfermedades.

El baño tiene incalculable valor en la conservación del cuerpo, limpiando todas las morbosidades de la piel, dando vigor al organismo y haciendo la vida más agradable.

Los ejercicios físicos ayudan también a renovar la vitalidad del cuerpo, estimulando la digestión y fortaleciendo las funciones cerebrales.

La simplicidad en el vestir no debe desdeñarse (particularmente en las mujeres), prefiriéndose a los enojosos y engorrosos trajes de moda los prácticos y sencillos vestidos ordinarios, desechando los comprimidos corsés y los calzados estrechos, que torturan el organismo y son causa de muchos sufrimientos y enfermedades.

El alcohol debería ser en los actuales tiempos como un signo de estupidez e ignorancia, usado por los primitivos seres como un estimulante para sus exaltaciones religiosas y sus luchas bélicas y salvajes, puesto que a más de arruinar el organismo es causa de perturbaciones mentales, rebajando al individuo a la inferioridad física y haciéndole perder la dignidad de verdadero hombre.

Con el simple y sano método de vida que hemos expuesto anteriormente, la humanidad progresaría rápidamente, ganando en mentalidad y transformándose gradualmente hacia al hombre ideal, el cual muchos ensalzan y elevan en sus fantásticos ensueños de libertad, y que en la práctica son impotentes para llegar a crearlo y personificarlo en sus propios cuerpos.

Acusando recibo

Poesías Escogidas de Manuel Machado, Casa Editorial Maucci.

Tomamos tres trozos del prólogo, escrito por Miguel de Unamuno:

Ocasiones hay en que le cuadra (a Manuel Machado) el viejo y ya tan gastado símil de abeja ática; ocasiones hay en que es clásico en el más estricto sentido.

Clásico, sí, clásico, os lo digo yo, que llevo diez y seis años traduciendo y explicando profesionalmente a los clásicos griegos. Y, por muy refuso que al clasicismo fuera mi espíritu, me parece que no siendo, co-

mo no soy, un porro, en diez y seis años de trato diario...

Ya sé que esto de clásico hará fruncir el entrecejo a no pocos de esos que han tomado en serio, ya sea en pro, ya sea en contra, el mote ese de modernista.

Luchaban hace tres cuartos de siglo clásicos contra románticos, y, sin embargo, el verdadero espíritu clásico, el alma eterna de la poesía universal, palpitaba en éstos mucho más que en aquéllos, que sólo copiaban las formas externas y muertas de la antigüedad clásica. Víctor Hugo es-

tuvo mucho más cerca de Esquilo, con quien, a través de Shakespeare y el Dante, se daba la mano, que los serviles mantenedores de las famosas tres unidades. Y hoy se repite la historia.

Esta cosa ligera, alada y sagrada que es a las veces Manuel Machado, resulta un verdadero clásico. Clásico en su sentido más extenso y universal, y clásico en su sentido más restricto y nacional, es decir castizo.

Que algún impulso para ese clasicismo le haya venido de la literatura francesa, es indudable; pero ese impulso cambió al entrar en alma profundamente española. Ciertos de sus cantos leves, vagos, todo matiz y suspiro, nos recuerdan a Verlaine y otros, los descriptivos—**Abel, Alvar Fañez, Felipe IV**—a Leconte de Lisle, con cuya precisión pictórica compiten.

* * *

Me da pena de estos cantos del alma de Machado arrojados así a la estúpida indiferencia de los bárbaros. "¡Bah, modernisterías!" y encogéndose de hombros los dejarán pasar. Si fuesen siquiera aquellas tan sonoras como hueras—cuanto más hueras más sonoras—arengas que tanto gusto daban a nuestros padres, los del morrión, o aquellas ridículas dudas teatrales de Núñez de Arce o las artificiosas e hipócritas sentimentalidades de Balart o... No quiero que se diga de mí lo que de casi todo español puede decirse cuando a otro alaba y es: "¿contra qué tercero va ese elogio?" Prefiero que se diga que al defender y ensalzar a Machado me defiendo y me ensalzo a mí mismo, mayormente ahora en que acabo de lanzar también a los bárbaros mi tomo de **Poesías**.

* * *

Y ahora quiero acabar con una... **catedraticada**.

Soy catedrático, explico además de lengua y literatura griegas, gramática comparada del latín y castellano—la tengo por acumulación—y no puedo ni quiero ni debo desprenderme de esto. ¿Que el oficio me ha dado algo de dómine? ¡Y qué le he de hacer! No voy a renegar de él. Actuaré, pues, de dómine.

Machado ha caído unas pocas veces—tres o cuatro—en una innovación técnica que se han traído unos cuantos versificadores y que es un disparate, un atentado a la prosodia castellana. Denuncia que se hacen los versos a dedo y no a oído. Vamos a cuentas. La Real Academia Española entre los muchos desatinos que suelta en su gramática es uno el de decir que en castellano todas las palabras tienen acento y que todos los monosílabos son agudos. Merecían los académicos que dejaron pasar eso que les pinchasen el timpano. Para lo que les sirve...

Pues no, en castellano hay palabras átonas, sin acento, unas porque se unen, al pronunciarlas, con la precedente, y las llamamos enclíticas como: **ven-te, da-me, siénta-te**, etc., en que los pronombres sufixados son enclíticos, y otras que se apoyan al pronunciarlas, en la palabra siguiente, y las llamamos proclíticas. Estas son el artículo—**el vino** se pronuncia como una sola palabra trisílaba llana, y **él vino** como dos, con dos acentos—las preposiciones y algunas conjunciones.

De donde resulta que no puede rimarse

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores

no violentando la prosodia castella-

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

Es una publicación semanal ilustrada de jovialidades y crítica social. Colaboran conocidos escritores. Tiraje 4.000 ejemplares. Si quiere pasar un rato feliz no deje de comprarla todos los viernes. Precio: **10 céntimos** el número.

na porque decimos **sinrencores** todo junto y bajo un solo acento tónico. Ni puede decirse

y las amables sutilezas de una creencia antigua en cosas inmortales [tales que nos permita un inocente; "yo sé" porque **de** y **sé** no pueden rimar desde el momento en que **de** no tiene acento. Tanto valdría decir:

Brotóle al punto la conversión a la Magdalena del fondo del corazón.

Y perdóneme lo detestable, en otro respecto, del verso (?). Aunque para ejemplo puesto por **dómine** no está peor que otros.

Yo espero que Machado se convenza de esto. (1)

* * *

Notas de una madre por **Agustín G. Ferro**, F. Sempere y Ca., Editores.

"Aun cuando tiene pocos años este escritor argentino cuenta por éxitos todas cuantas producciones publica, y el justo renombre que ya ha alcanzado hace presagiar que no tardará quizá mucho tiempo en figurar entre los literatos de fama mundial.

"Éstos augurios se confirman al leer **Notas de una madre**, estudio de la vida humana, en que el autor evidencia que el cariño y la guía de una madre ilustrada son el principal factor para la formación del carácter del niño, y al efecto da atinados consejos y expone reglas de educación llenas de gran sentido ético, por lo que resulta su obra más el trabajo de un profundo enamorado de la moral pura que la labor de un pedagogo vulgar."

Para muestra, abramos el libro en la página 150: (2)

"Los pueblos, estáis en lo cierto, Margarita, no precisan de suntuosos templos para fortalecer sus espíritus y no perder la fe que los anima en cualquier cosa. Un anciano al pasar junto a la puerta de una monumental iglesia—fui de esto testigo cierto día—se detiene contristado por el lúgubre tañer de sus campanas, y al observar el lujo y la magnificencia de sus ocupantes, murmuró como una queja salida desde lo íntimo de su corazón: "Suenan, suenan, fatídica campana, rémora del progreso y de la civilización", palabras que encierran la verdad más profunda y sincera.

"Los templos, que en nada benefician a las poblaciones, y que nada pueden, a no ser inducir a la manse dumbre y al acatamiento a los pobres, a los miserables... (no a los poderosos, porque a ellos les resulta irónica, ridícula tal incitación), ofreciéndoles, como compensación de sus sacrificios terrenales, en el cielo una vida mejor, algo así como un idilio que perduraría por los siglos de los siglos... pues dicen que todo es allá eterno.

"No tienden a convertirse en escuelas o en hospitales. ¿Saben acaso los frailes actuales, mezcla híbrida de... muchas cosas, que el afán de Cristo—según sus mismas parábolas—fué transformar la tierra desde el uno al otro polo en un vasto paraíso y una vasta hermandad? ¿no saben que en su gran misticismo, siguiendo las huellas de Platón, quiso, en vista de la maldad de los "señores" para con sus esclavos y demás servidores... maldad que los llevó hasta arrojarlos a las fieras para gozar del bárbaro espectáculo que ofrecen al luchar, desgarradas las carnes, manando por do quiera abundante sangre, a brazo partido con la muerte, gozando cuando como siempre caían vencidos de la agonía... ¡asesinos... asesinos! viviendo sin esperanza de redención, quiso—os decía—crear entre ellos algo que los animara a sobrellevar la pesada car-

(1) ¡Que también nuestros poetas de Costa Rica se convenzan de ello!

(2) Del idioma no digamos nada. Habitados estamos a las atrocidades del lenguaje de la Argentina.—E. J. R.

ga de sus desventuras, algo que sin que fuera una protesta, una dura condenación a las iniquidades imperantes, les animara y diera fuerzas para seguir sufriendo, prometiéndoles en los cielos—dado que El en la tierra nada podía remediar—, el descanso y el bienestar de que en el gran páramo terrestre carecían?

“La causa de Jesús fué indudablemente grande y generosa, sólo que en el correr de los años fue olvidada, transfigurada completamente: lo que ayer había sido bueno, noble y grande, habíase hoy tornado, con el triunfo definitivo que les había asegurado la conversión al cristianismo de un gran asesino, de un hombre siniestramente cruel, el emperador romano Constantino I, llamado tal vez por ironía el Grande, en aquello que se ha dado en llamar, y esto para decir poco, la Edad Media.

“Mucho antes que Jesús viniera al mundo, existieron filósofos grandes por su sabiduría y buenos por los sentimientos de altruismo que los animaban.

“Homero, lleno de dulce misticismo, poniendo a los pobres bajo el amparo del rey de los cielos. Epicteto considerando a todos los hombres sus hermanos y Phoclyde predicando más justicia, más igualdad, y Platón... que es mejor no recordarlo para no herir ciertos sentimientos, para no hacer perder el sosiego a muchos que sus creencias “en el más allá” les reconfortan y dan más larga vida.

“Son muchos los estudiosos, mi buena amiga, que basados en la historia, niegan la existencia de Jesús. Aseguran que fue en el concilio de Nicea (325) donde se creó la personalidad de Cristo, que todo lo que de El ha llegado hasta nosotros no es más que una bella fábula obra de los primitivos Padres de la Iglesia. De todas maneras, lo que aceptamos de Jesús es su hermosa doctrina,

que después de veinte siglos, pudiendo hoy haber sido la más viviente realidad, no es más que un hermoso ideal, que en un futuro próximo el socialismo habrá llevado a la práctica. Amo la personalidad real o ficticia de Cristo por su anhelo de unir en fraternal abrazo a todos los hombres del universo. Le amo por la magna idea de formar una sola patria, bajo cuya bandera tremole un solo ideal, un solo pensamiento: el amor, practicado con la más estricta reciprocidad, que informa — debo creerlo—el más grande anhelo de todos los hombres libres de prejuicios.

* * *

Oro Sangriento, por el Dr. H. Madinaveitia, F. Sempere y Ca., editores.

“Es un estudio psicológico de la mal llamada fiesta nacional, la cual está tratada bajo sus múltiples aspectos, dando una impresión completa de lo bárbaro del espectáculo.”

Un capítulo:

Cultura que “los toros” suponen

Ya casi por entero se ha consignado la que se escapa, a su pesar, del público taurino.

Heterogéneo, como es y tiene que serlo, conviene en la nota común—circunscribiéndose al gusto del espectáculo—de su no muy culto proceder á él asistiendo.

De otra manera, no puede negarse que a **los toros** va gente de gran cultura; como espectadora de la fiesta déjasela en la calle hasta que acabe la corrida.

Si no, imposible que se dieran toros.

Cultos, de intelectualidad hasta poderosa son muchos de los que gustan de **los toros**, mas aparte de algunos bonísimos aficionados y otros que a tanto no llegan, la mayoría del público no puede distinguirse por su nota cultural colectiva.

Que de esa incultura, que en la afición se refleja, no sean ellos responsables, es verdad como un templo; que con una educación de sentimientos fina y delicada no se explica el entusiasmo taurino, si no es morboso, también hay que tenerlo por inconcuso. Y sálvense, como es de rigor, las excepciones honrosas.

Que no es fiesta del intelecto no hay que decirlo. Basta mirar la Plaza cuando más sonada es la baraúnda que hay en ella.

Que no es posible que lo sea, cuando se place en el martirio, en la tortura, en la muerte, por evidentísimo hay que tenerlo.

Es más; si el público taurino, por necesidad, hubiera de reclutarse entre las gentes que más saben, que máspreciadas son por sus prendas de espíritu, que más piensan, que más discurren, las plazas encontraríanse medio vacías.

Las llena en gran parte un público al que no se quiere ilustrar.

Si se le ilustrase ya no tendría tanta afición a los toros.

Si se afinara en la hermosura de sus sentimientos, más grandes y más claros que en ninguna otra clase social, tampoco sería fácil que prevaleciesen las corridas taurómacas.

Mantiénelas, en una porción de gentes que las ve, la incultura, el ignorar, el no saber.

Y con la ignorancia, la ausencia de un enjambre de preseas espirituales que se conquistan, casi siempre, en la delicadeza del trato, en el de los libros, en el disfrute de goces de carácter moral desgraciadamente no al alcance de todos los hombres, no por falta de aptitud, de propensión en ellos, sino por deficiencias de la pobre cultura que pudieron recibir.

No es, pues, y se explica, de los más intelectualmente educados, el público taurino; de él al teatral, al teatral que se entera de lo que ve, hay un abismo.

Más fácil es alborotar, emocionarse con las excitaciones fuertes de la Plaza, subir hasta el delirio del en-

tusiasmo ante un toro que mata muchos pencos o frente a un matador que de una estocada despide a su enemigo para el otro mundo, que placerse, con placer hondo, en las espiritualidades de una comedia psicológica o de un buen drama que despierte verdaderos afectos.

Eso de la mirada, que antes se decía, basta para meterse en la cultura de los dos públicos.

Cierto que el uno, el teatral, es el mismo, en parte, del de los toros, porque la moda hace mucho, en esto, y una convención ha promulgado que Clemente debe ir donde la gente vaya. Pero verdad también que el de las teatros es el más seleccionado, el distinguido, el más culto.

Las broncas, las protestas, el prurito de bullear, la ruidosa algarabía, la forma como se exterioriza el sentir, todo dice de caracteres y notas que la ineducación comprende.

No; no se desprende cultural, producto de los toros. Se da el caso, en ellos, de que hasta no entienden de toros el noventa y nueve por ciento de los espectadores.

Verdad que para el goce que los más sacan de esa fiesta no es preciso entender, pero así es el público que la frecuenta.

No aparece culto él ni aun en aquello de que es devoto y creyente empedernido.

En otras disciplinas, cuanto más en ellas se penetre, cuanto mejor se comprendan, más satisfacción espiritual experimentase tratándolas.

En ésta, si disciplina llegase a ser, basta con no despreciarla, que el goce que produce en los más no viene de entenderla, sino de emocionarse con los accidentes de su desarrollo en la práctica.

No indica en ello mucha cultura, aunque sí, en ese sentido, tiende a no desmentir el carácter que ostentar debe el arte.

Sea, pues, arte el toreo.

Mas no se discuta referentemente a la cultura que supone.

Tan desmedrada es, que no nos la

envidiará ningún pueblo; tan anémica, que puede vivir anchamente entre analfabetos; tan raquítica, que no ha hecho adelantar un ápice a la tierra española.

De cuanto vase aquí escribiendo puede deducirse la cultura que surge de la fiesta taurómaca.

Atrasada ella, parece no poder alentar con hartazgo de aire progresivo en los ambientes donde el cultural sea poderoso, energético y decidido.

* * *

Mi patria y mi dama, poesías de Juan Luis Cordero, Casa Editorial Maucci.

"La musa de Cordero—ha dicho un ilustre crítico,—es genuinamente española. La patria grande, con su historia y sus épicas hazañas; la patria chica, con la feracidad de sus campos, con el verdor de sus olivares y la frescura de sus huertas, tienen para él un encanto tal, que las elige casi siempre por tema de sus canciones. Los esplendores de la Naturaleza se reflejan en el corazón de Juan Luis Cordero; y hasta cuando canta a la amada, armoniza el verso suyo con el sentir eterno, inmutable en el hombre: el amor..."

Aquí la prueba:

Ante el enigma

Ya florece el rosal de mis amores de mi vida en los áridos alcores.
Va a ser madre mi amada compañera;
va a descender del cielo
el ángel puro que mi amor espera
en el hogar donde lloró mi anhelo.

Yo no sé si es tristeza o alegría
lo que en el alma mía
se revuelve quitándome la calma,
ante esta profecía
que ya me anuncia al hijo de mi alma.

Se abre un nuevo horizonte en mi camino
y soy un peregrino
que lejos del final de la jornada
interroga al destino
en súplica ferviente y desolada.

Esta vida que surge de mi vida

me señala una ruta no aprendida,
me impone un rumbo nuevo
que no es la ruta del soñar, mentida,
que no es el rumbo engañoso que llevo.

Fuerzas he de sacar de mi flaqueza
para que hallen apoyo en mi entereza
las dulces prendas que mi pecho adora.
¡Un nuevo día en mi vivir empieza!
¡En mi nublado cielo hay otra aurora!

* * *

Ella me mira silenciosamente,
cual si me fuera dado
descifrar en el cielo de su frente
el augusto misterio indescifrado.

Y cuando rompe su letal mutismo,
por intensa emoción la voz velada,
la contemplo con casto misticismo,
cual si fuera una excelsa iluminada.

Su voz suena en mi oído
cual eco de añoranzas muy remotas,
despertando en mi pecho estremecido
dulces ensueños y esperanzas rotas.
Y siento al escucharla
que me dan tentaciones de adorarla.

¿Cómo será nuestro angelito humano?
me dice con ternura.
De su inmutable sino el mudo arcano
¿le guardará pesares... o ventura?
¿Será una nena hermosa,
de ojos de cielo y rubia cabellera,
de hoyuelos en la cara deliciosa
y charla musical y zalamera?
¿Será un fuerte varón de piel de nardos,
de risa pronta y de mirada viva,
que tenga como yo los ojos pardos
y tenga como tú la frente altiva?
¿Cómo será? repite en desvarío
¿Cómo será? ¿Cómo será? ¡Dios mío!

Queda un punto callada
y luego, acongojada,
cual si pasara una siniestra sombra
se me acerca, me nombra,
y me dice llorando:
¡Júrame por la Virgen santa y pia
que si la Parca fría
para segar mi vida está acechando,
ni otra mujer profanará este nido
que alberga la ilusión de mis amores
ni otra madre darás al tan querido
hijo que nacerá con mis dolores.

Y solloza, solloza amargamente;
lo que mi pecho siente
no se puede expresar con el idioma;

voy a anegarme en llanto...
pero el llanto no asoma,
por que he de consolarla en su quebranto.

Mintiendo fortaleza
la atraigo y beso sus heladas sienes;
reclino sobre mi hombro su cabeza
y la digo: ¡Mujer, qué cosas tienes!

Y así pasan los días
alentando locuras
que unas veces son dulces alegrías
y otras veces son negras desventuras.

* * *

Pobre alma soñadora
¿a qué buceas tanto en lo futuro
si a tu pueril conjuro
no se acelera el curso de la hora?

Puesto que no ha de hablar la esfinge
desecha la quimera;
la serena razón te dice: Espera,
refrena un poco tu impaciencia ruda
ya que ha de suceder lo que Dios quiera.

Y Dios querrá que en el hogar honrado,
para el amor formado,
surjan lozanas flores,
símbolo de que el cielo ha consagrado
el abrazo vital de tus amores.

La hora de los niños

Pensamiento de Longfellow.

En las pálidas horas en que agoniza el día
y el sol recoge el manto de su bella alegría,
hay un corto paréntesis de ternura y de paz.
Es la hora de los niños que acuden en la sombra
del crepúsculo, al lado de la voz que los nombra
en un dulce silencio no expresado jamás.

Oigo el suave murmullo de sus voces rientes,
después el pataleo de sus pies impacientes
y luego la parlara, bulliciosa invasión
que por todas las puertas precipita sus tumbos,
como si fueran flores venidas de mil rumbos,
o avecillas que entraran a pedir protección.

Y toman por asalto mi ruda fortaleza
y llenan mi escritorio de tan sutil pureza,
que llego a imaginarme metido en un jardín;
se suben a mi espalda, se abrazan a mi cuello,
me aplastan, me encadenan, me quitan el resuello
y luego me prodigan sus caricias sin fin.

¿Huir? ¡Ni imaginarlo! ¿Quién por torpe que sea
renuncia a los encantos de tan grata pelea?
Además, fuera vano tan temerario afán.
Por todas partes rondan sus ojillos quemantes,
por todas partes suenan sus pechos anhelantes,
por donde quiera, abiertas, sus manitas están.

José M^a. Zeledón.

NOTAS

Salchichería.— Diversas revistas muy autorizadas (*Presse Médicale*, *Revue d'Hygiène*, etc.) hablan extensamente de los peligros que ofrece el consumo de salchichas. La mala calidad de las carnes generalmente empleadas, el lavado insuficiente de las tripas, el mal estado habitual de los instrumentos usados, la colaboración de las moscas durante la maniobra, etc., hacen de los chorizos y salchichones una verdadera **porquería**. Esto en Europa. ¿Y en Costa Rica?

* * *

Recomendamos vivamente la obra que **Jules Sageret** acaba de publicar con el título de **Le Systéme du monde des Chaldéens a Newton**. (Alcan, edit., Paris.)— “¡Es el triunfo del buen juicio!—exclama Le Dantec.— Se han dicho tantas tonteras a propósito de **La Science et l'hypothése** de Poincaré, que era ya útil poner las cosas en su lugar.”

Veamos un párrafo del propio Sageret en la introducción:

Los filósofos dicen que la ciencia depende del espíritu de los sabios, y, partiendo de ahí, denuncian la impotencia de éstos para alcanzar el verdadero conocimiento. ¿Qué hay, en particular, que dependa más que el método, de la elección voluntaria del hombre? El método no está en las cosas, emana de nosotros, y como de él depende la ciencia, parece cierto que ésta sea cosa artificial y arbitraria, pura creación del sabio. Tal argumentación tendría mucha fuerza si los métodos científicos fueran semejantes a esas cosas que surgen en las ciudades modernas con la rapidez de los hongos. Pero muy

otro es el caso. Si, en un sentido, hemos impuesto los métodos a las cosas, no olvidemos que ello ha sido al cabo de una lucha de miles de años: tan largo intervalo lo ha llenado la resistencia victoriosa de las cosas contra la curiosidad humana. Cuando nuestros padres han logrado algo, ha sido a costa de una serie de tanteos ingeniosos y de un largo trabajo y de incontables fracasos. Los métodos que han triunfado son, por consiguiente, un resultado de la experiencia: ellos representan una adaptación experimental de nuestro espíritu al universo y, por tanto, no son una creación de la verdad por la razón, sino—si es dado decirlo así—una **modificación de la razón por la verdad**.

* * *

La tranquilidad conseguida en cambio de una abdicación.— **Paul Bourget**, discípulo entusiasta y admirable, cuando joven, de **Taine** y de **Renan**, asustado ante las consecuencias de sus doctrinas, se refugia decididamente, con gran desconcierto de sus principales amigos, en el **agnosticismo clerical**. Este agnosticismo— diametralmente diverso de lo que los espiritualistas llaman “agnosticismo científico”—, está definido por las siguientes palabras del Papa:

Fieles, no podéis conocer las últimas verdades, y si lo pudiérais, el resultado sería desastroso. Pero yo poseo y guardo para vosotros la verdad. Por solicitud hacia vuestras almas, os prohibo buscarla. No pensaréis más que lo que os permito pensar. Creed en lo que os ordeno creer, y obedeced. Fuera de esto, no hay salvación.

COMPAÑEROS.— Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

LA SORPRESA DEL DIA

Tres afanosos trabajadores se han reunido para formar una empresa de cultura que les permita vivir independientemente.

LECTURA BARATA

SOCIEDAD DE AGENCIAS EDITORIALES
LIBRERIA, PAPELERIA Y PERIODICOS EXTRANJEROS

Joaquín García Monje, José María Zeledón, Ricardo Falcó

He allí los nombres de los nuevos empresarios.

RESTAURANT

PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 42

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑÓLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Principe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El reflujó, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tehekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Dfáz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.